

GEDEON es el periódico de menos circulación de España

GEDEÓN

Diputado á Cortes por Madrid



SEMANARIO SATÍRICO

SE PUBLICA LOS JUEVES
DIEZ CENTIMOS el número

ADMINISTRACIÓN
Fuencarral, 23, primero

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre.	1,50 pesetas.
Año.	6
Provincias y Portugal, tri- mestre.	2
Año.	8
Número atrasado.	0,25
25 ejemplares.	1,50

AÑO III

Madrid 22 de Julio de 1897

NÚM. 63

EMPRESTITO... FILIPINO



CASTELLANO.—Vengan puntos, porque aquí no se levantan difuntos.
¡Tantos puntos nunca vil
(Aparte.) A ver si esos puntos me cuadruplican á mí.

Jueves de Gedeón

—Esto es insoportable, Calínez, esto es Cánovas puro, sin Morlesín, ni azúcar, ni gotas, ni nada.
 —Verdaderamente, Gedeón; parece que estamos viviendo bajo el radio de acción de los ojos de Linares Rivas. El ardor de la atmósfera no hay quien lo sufra. Diríase que el ambiente es silvelista, según la furia abrasadora con que nos ataca á nosotros, á quienes aún no se nos han liquidado las sólidas convicciones conservadoras.
 —Pero ¿tú no sabes la última noticia?
 —Gedeón, veo que me confundes con Blasco.
 —No seas impertinente, Calínez. Puesto que la noticia no te interesa, voy á dártela, que es lo mismo que hace mi ilustre jefe D. Antonio. Pues bien: se sabe de una manera certísima que ha comenzado el deshielo de D. Francisco Pi y Margall.
 —¿Sí? y ¿por dónde?
 —Por el carámbano izquierdo; vamos, por la parte patriótica. Y figúrate que D. Praxedes, todo temeroso de que le llegue también el caso del deshielo, se marcha á Avila, reventando fusionistas de esos que tujan de los carros de los prohombres.
 —Pero dí, Gedeón, ¿no sabes que á D. Praxedes le van á inaugurar en San Sebastián el mes que viene?
 —Calínez, tú siempre te haces eco de las vulgaridades que te cuenta el primer fusionista que topas...
 —Eso de topas es de mal género, Gedeón, y no me toques á la testuz.
 —¿A la testuz dijiste, Calínez? ¿Ignoras que testuz es masculino?
 —¿Quién lo ha dicho, Gedeón?
 —Un casado con quien hablé ayer.
 —Entonces, me callo, Gedeón: el sabrá de eso más que yo, que soy célibe.
 —Pero ¿qué decías de que iban á inaugurar á Sagasta?
 —Sí, hombre; ¿no has oído hablar de la inauguración próxima del Viejo Pastor?
 —Todo lo trabucas, Calínez. Es del Buen Pastor de quien se trata. ¿Acaso crees que bueno y viejo son sinónimos? En tal caso, los vejesterios que nos gobiernan por turno serían excelentes y la gente *novísima* una colección de genios incomparables. Ya sabes que ahora es moda llamar *novísimos* á los contemporáneos de Chesté.
 —En cambio á los jóvenes se les llama *postrimerías*... y pata.
 —A propósito de pata: ¿sabes lo que trae entre manos Mr. Woodford?
 —Figúrate que soy el duque de Tetuán; lo ignoro completamente, cuanto puede ignorarse una cosa.
 —Pues, trae el gatillo del dentista Ruiz y va á sacarnos un raigón de setenta y cinco mil *dollars*.
 —¿Canastos!
 —No; *dollars*. Los canastos ya se los llevó el príncipe de Arrisugawa.
 —Se me ocurre una idea, Gedeón.
 —Ten cuidado, no se te vaya hacia la Huerta, porque te la decomisan.
 —¿No sería posible que Mr. Woodford tropezase en el camino con el D. Basilio de la Compañía del Sur y le *apandase* los setenta mil duros del pico... y en paz?
 —¿Qué tontería, Calínez! Woodford, con quien tropezará no es con D. Basilio, sino con D. Bartolo.
 —¿De quién hablas, Gedeón?
 —¿De quién he de hablar, alma cándida? Del ministro de guantada: vamos, del duque de Tetuán.
 —Pues le falta lo más necesario para ser don Bartolo.
 —¿Qué?
 —¡Toma! La pupila.
 —¡Ah! es que toda la pupila del ministerio está reconcentrada en estos momentos en el Conejito.
 —Pero ¿hay un conejito en el Ministerio ahora?
 —¿Cómo estará Linares Rivas!
 —¿El ministro de Fomento? Próximo á salirse de Madrid. Te lo explicaré todo. El Conejito ¡debías haberlo adivinado! es el ministro de Ultramar.
 —¿Y por qué le llaman así?
 —¡Bah! porque ha tomado la alternativa en verano.
 —¿Cómo? ¿Si fué en primavera!
 —¡Primavera, tú, infelicitísimo Calínez! ¿No sabes que se ha cubierto el empréstito de Filipinas cuatro veces?
 —¡Jinojo! ¿Y Castellano también se ha cubierto esas veces? Le habrán hecho las monteras de Sancho.
 —Al revés: Castellano lo que ha hecho es descubrirse... y tomar la alternativa de Navarra-reverter.
 —¿En la plaza de Madrid?
 —En la casa de las siete chimeneas.
 —¿Siete chimeneas! ¡Qué tufol!
 —En efecto, eso del empréstito huele y no á ambar.
 —¿De suerte, Gedeón, que tenemos cuatrocientos millones de pesetas todavía!...
 —Tentan, dirás, oh Calínez! porque tú y yo estamos á la cuarta, como cualquier silvelista conspicuo.
 —Y menos mal, que no hemos llegado á la quinta...

—Pero no tardaremos; por lo pronto, nuestro amo D. Antonio se va á la de *Cristinaeña*.
 —Ya me figuraba yo que en *nea* había de acabar.
 —¿Quién?
 —La quinta de D. Antonio.
 —Si no es de D. Antonio; es del duque de Mandas.
 —Pero ¿crees, Gedeón, que estando allí D. Antonio va á haber más duque de Mandas que él? El dueño de la casa se quedara en Lasala y nada más.
 —Eso, y D. Antonio en el gabinete *per sacula saeculorum*.
 —Dime, y ¿qué opinas de Calderón Carlisle?
 —Que no le faltaba á Calderón mas que ser Carlisle para echarlo todo á perder.
 —Dicen que es muy amigo de Dupuy de Lome y que trae notas secretas de él.
 —Solo á tí y á los corresponsales de imaginación volcánica se les puede ocurrir que un Calderón traiga notas. A todo tirar, traerá una sola nota... sostenida.
 —Eso; ¿y los bemoles los traerá Woodford?
 —Tres pares lo menos, Calínez; tres pares... y varias salidas falsas.
 —Si no son de fuego los pares, menos mal.
 —No; de fuego será el toro. Ya sabes, el tan acreditado *cezenavisto*, esa gloriosa institución diplomática, que ya nos ha valido para hacernos sospechosos de alianza con el Japón.
 —¿Y quién ha sospechado semejante majadería?
 —A los ojos de la diplomacia nada se oculta, Calínez, y como en Europa no hay diplomático que haya recibido mas micos que el duque de Tetuán, á nadie le extrañaría que procurase entablar relaciones amistosas con el Mikado.
 —Para todo tienes salida, Gedeón; te pareces á Fernández Guevara.
 —¿Quién es ese?
 —¡Ah! ¿Es que tú no conoces á Fernández Guevara?
 —En mi vida le he visto la cara. ¡Qué ideal! Yo he oído esto en alguna parte y entre silbidos. ¿Fué en el estreno de *Teresa*?
 —No tanto, hombre; fué en otra pateadura de menor cuantía.
 —Pero ¿quién es ese Fernández Guevara?
 —Un apreciable concejal fusionista que, como te he dicho, tiene salida para todo.
 —Entonces, se hará el amo del Ayuntamiento.
 —No; porque allí no se preocupan de las salidas, sino de las entradas.
 —Justo: de las entradas... de abono.

JOTA DEL ¡AY, AY, AY!

cantada y ballada en el circo de Zaragoza por la rondalla de don Segis

CORO

A la jota, jota, viene todo el mundo sacándole copias á don Segismundo. A la jota, jota, viva la fusión y los fusionistas que hay en Aragón.

COPLAS DE DON SEGIS

Como aprista la gazuza yo me vengo á Zaragoza, que es la patria de Lanuza ¡Ay, ay, ay! y el contento me retoza.

El contento me retoza ú me bulle, que es igual, que en mí aclama Zaragoza ¡Ay, ay, ay! al partido liberal.

Cuatrocientos liberales venimos aquí en cuadrilla: si queréis que nos sentemos ¡Ay, ay, ay! sacad cuatrocientas sillas.

Sacad cuatrocientas sillas: con cuatro bastante hubiera, más las trescientas... y el pico ¡Ay, ay, ay! las ocupará Aguilera.

Si preguntáis por qué vengo á arengaros hoy aquí, os diré que, francamente ¡Ay, ay, ay! no me hacen caso en Madrid!

Mas si allí no me hacen caso, me importa una zanahoria; Ya véis si aquí *somos gente*, ¿eh? ¡Ay, ay, ay! es una hermosa victoria.

Nosotros, solo nosotros hablamos de libertad, y si el ¡Ay, ay, ay! lanzamos ¡Ay, ay, ay! es *pura legalidad*.

Yo que con los alcoholes logré fama universal, represento aquí el *espíritu* ¡Ay, ay, ay! á el alcohol nacional.

Allá en las Cortes de Cádiz, discutían entre balas, y ahora, cuando se discute ¡Ay, ay, ay! es tan solo entre guantadas.

¡Oh, nación, que eres tan buena, sueltas tu sangre y recursos y ni aun te dan el consuelo ¡Ay, ay, ay! de que escuches mis discursos.

España, has sacrificado todo el oro que atesoras, y á la postre hemos probado ¡Ay, ay, ay! qué caras cuestan las *moras*.

Aquí hay ministros que tratan con mucha des-ortesia á las señoras, y yo ¡Ay, ay, ay! no digo esta boca es mía.

No digo esta boca es mía... ni ¡canastos! ni ¡caray! Me contento con *salir* ¡Ay, ay, ay! con *salir por* ¡ay, ay, ay!

Los *ayes* que suelto aquí ¿quién de ellos no se amedrenta? que ahora soy *zaragozano* ¡Ay, ay, ay! y pronostico tormenta.

Largamos tremendas voces y el gobierno ¡que si quieres! que nos arrejen del templo ¡Ay, ay, ay! cual Cristo á los mercaderes.

Para hacerlo así, tenéis vosotros la libertad; para eso he venido aquí ¡Ay, ay, ay! para eso soy liberal.

El Manifiesto que dimos á nadie le ha satisfecho: conque, aplicad el oído ¡Ay, ay, ay! que ahora viene el Manifiesto.

Para concluir la guerra, tenemos la autonomía... también la tiene el gobierno ¡Ay, ay, ay! pero la nuestra... es distinta.

Porque la nuestra es sin gotas: es la autonomía pura, es la que dará más gusto ¡Ay, ay, ay! á los *patriotas* de Cuba.

El padre educa á los hijos: los hijos después, se casan, se le llevan el caudal, ¡Ay, ay, ay! y el padre... hecho un papanatas

Nada de:—Sométele y te doy las libertades— ¡Tenemos una energía! ¡Ay, ay, ay! y somos mas liberales!...

Sagasta nos llama á todos, que es hora de pelear; Sagasta nos llama á todos, ¡Ay, ay, ay!... y él en Avila se está!

Silvela no está en lo cierto; Silvela saca la daga y sacarla no es bastante ¡Ay, ay, ay! que es necesario clavarla.

Es necesario clavarla, clavarla sin vaciar: por eso acudo á vosotros ¡Ay, ay, ay! y no acudo al poder real.

¡Sursum corda, aragoneses! Vosotros sabéis querer, y si suelto el ¡ay, ay, ay! ¡Ay, ay, ay! en coro lo cantareis!

Por fin, lo voy á soltar: ¡que lo suelto! ¡que lo digo! ¡ay, ay de los R. R.¡ ¡Ay, ay, ay! de los puntos suspensivos!

Ya lo he soltado, baturros. Ahora envainemos la daga y vámonos á comer ¡Ay, ay, ay! y que siga la rondalla.

CORO

A la jota, jota, baile todo el mundo, repetid las copias de don Segismundo. A la jota, jota, viva la fusión y los fusionistas que hay en Aragón.

A LA QUINTA.....

(Expreso botijil)

Todos, grandes y pequeños, hombres del gobierno y hombres de la oposición, diputados y electores, varones y hembras, chicos y chacos vamos tan contentos y alegres en el expreso botijil que nos conduce a remota y afamadisima playa, la misma donde tomaba baños el padre Padiila, ó un poquito mas allá.

Palos y más palos, postes y más postes cruzan ante las ventanillas del vagón; aqui escuchamos una campanada, mas alla un pito, asomamos la cabeza para ver el paisaje y una mota de carbón se nos mete entre los párpados ¿y qué? no es nada lo del ojo... ¡adelante! ¡adelante!

En un vagón de tercera, repleto de maletas y de lios viaja Antonia la Malagueña con todos sus hijos políticos: el mayor, Fernandito, encasilla los equipajes debajo de los asientos; Juanito Navarro, encuentra los bancos muy duros y pone sobre ellos las almohadillas de dos ó mas empréstitos, Beranger, coge un número de *La Correspondencia*, se lo pone por montera y luego hace tres ó cuatro barquitos para diversion de sus compañeros de viaje; Aureliano, recuenta las costas que le han llevado al vagón; Azcarraga, recorta soldados y alaluyas finas; Tetuan, baja en Alcazar, compra tortas y las reparte entre sus amigos...

El vagón fusionista no es menos animado: don Praxedes ductrue como un bendito; de cuando en cuando se le calienta la almohada de la autonomía, la da otra vueltecita, la esponja un poco y otra vez á dormir; Moret, se asoma con sus discursos á la ventanilla y va hinchándolos con el humo de la le-

comotora; Montero Ríos, le hurga los oídos con una paja á Sagasta durmiente; Gamazo y Maura se rien de la paja y procuran ir al grano; Aguilera, consulta las guías; Amós Salvador, se las atusa y todos se asoman con gran apetito en cuanto para el tren en las estaciones, pero siguen cerradas las cantinas.

Dos fusionistas de Zaragoza después de hablar con D. Segis se echan al anden y dicen como los baturros del cuento:

—¿Qué estación es ésta?

—R. trete.

—Pues de aquí no pasamos sin echar un bocado. En el furgón silvelista no se oye una mosca.

Ni siquiera la que ha soltado en Burgos Santiago Liniers.

La unión conservadora está en plenos horrores de la digestión y todos dormitan arrullados por el ruido del tren, monótono é inabarcable como un discurso de Rodríguez Sampedro.

D. Paco sigue indigesto como siempre. A cada momento le vuelven á la boca, no los aromas del lanquete de Burgos sino los vapores electorales de la cuestión Cabriñana.

—D. Francisco ¡por Dios!—murmura Villaverde corriendo la ventanilla—¿todavía le dura á usted eso?

—No lo puedo remediar—¡me repitel!

—¿Quiere usted agua?

—¿Tuya, Pozo Rubio? de ninguna manera; el agua de pozo es mala en este tiempo.

—No se apure usted, D. Paco; hemos clavado una escarpia y llevamos á Rancés rezumándose en la portezuela.

Los republicanos viajan sin saber adonde van.

Azcárate en un rincón, Salmerón en otro, Pi y Margall en el opuesto... No hay nada como un rincón para un viaje largo; cuanto más arrinconado, mejor se viaja.

Canalejas va solo. Quería una berlina, pero como en el tren no hay coche de lujo, ha tenido que meterse en una caseta de guarda freno.

Castelar va en otra, escribiendo siempre y apisonando prosa terraplenada. Cuando sale de una estación empieza un párrafo y hasta la estación siguiente no pone punto y aparte. ¡Ah! señores; no hay como escribir en el tren para que le salgan á uno párrafos movidos.

Los carlistas van en otro coche haciendo tiempo. Jugar al monte les parece prematuro y se entretienen en el juego infantil de apurar letras. Siguen apurando la R.

A todas las estaciones y apeaderos acuden los pueblos en masa á convencerse de que toda esa gente se va. Un suspiro de satisfacción se escapa de todos los pechos cuando vuelve á arrancar el rey de los trenes botijos.

—¡Buen viaje!—exclaman desde los andenes—¡que lleguen ustedes con felicidad á la quinta...! ¡que se bañen ustedes con salud más allá de donde se bañó el padre Padilla!

Mas ¡quién sabe!

El tren es muy largo, los vagones van llenos, la tracción tiene que ser doble y aun triple en algunas pendientes y es posible que a mitad de viaje tengan que saltar del tender el maquinista y el fogonero diciendo á los viajeros botijiles:

—No se puede avanzar ¡se acabó el carbón!

ECOS DEL VERANEO

Con sumo gusto rectificamos un error cometido en nuestros últimos *Ecos*.

La marquesa de la *Mot de la Fin* á quien suponíamos en San Sebastián, ha demorado aún algunos días su salida, á causa de una enfermedad de *son arriere-petit-fils*, como ella dice con su gracejo habitual.

En el interin, la noble dama hace las delicias del anden de la estación del Norte, con su chispeante ingenio.

Los factores están encantados. La indiscreción de uno de ellos nos permite revelar una pequeña trama discurrida por la chispeante aristócrata, y bajo secreto se la revelamos á nuestros favorecedores.

Parece que el día en que el Sr. Cánovas parta para el balneario de Santa Agueda, la marquesa tendrá sobornados á los sirvientes del *Sleeping-car* y hará que rellenen las almohadas del lecho del presidente con recortes de discursos del Sr. Silvela y que en la percha coloquen el conocido uniforme de maestrante del Sr. Liniers.

Por tan ingenioso medio se teme que el ilustre hombre público que nos rige y vige actualmente, no pueda conciliar el sueño, ni aun llevando á su lado al Sr. Fabié.

Entonces comprenderá el error de haberse desprendido del Sr. Silvela y especialmente del Sr. Rodríguez Sampedro.

La duquesa de Casa-Viúdez salió ya con dirección á sus quintas del Norte.

Es, por consiguiente inexacto que haya salido para las quintas Nupcias, que están situadas al Mediodía, como no debe ignorar un cronista bien informado.

En la *Huerta* se pasa admirablemente.

En las demás residencias, el pasar es muy mediano.

El señor marqués del Pazo de la Merced no falta una noche á la tertulia del Sr. Cánovas, á contar sus acciones: en la Huerta se le considera casi como el dueño de la casa.

El Sr. Lestres suele hacerse presente al dar su hora, que es la de disolverse la reunión: llega tarde hasta para los barquillos.

Tampoco falta el conde de *Vi-lana* ni el de *Salt-trasquilado*.

El gobernador hace las delicias de los concurrentes, relatándoles el cuento de las aguas potables y repitiendo los chistes que le apunta en la cartera todas las tardes su secretario.

Algunas veces sufre terribles contratiempos.

—Pero, hombre—suele exclamar á lo mejor el dueño de la casa—¿zi eze chizte lo leí yo en el *Caz-cabel*, cuando aún no había nacido Morlecín!

Y así es, en efecto; porque Frontaura no quiere molestarse en renovar el repertorio para Peña Ramiro.

Pero éste ya ha descubierto un recurso para poner fin á las burlas del Amo.

Cuando éste se excede en las cuchufletas, el conde toca un botón misterioso, aparece, como evocado por méjico conjuro el Sr. Pita y D. Antonio se hunde en el sillón de mimbres y enmudece para toda la noche.

Es un abuso de superioridad, pero, como dice don Alberto Aguilera: ¿de qué sirve un gobernador si no sabe manejar las *pitás* á tiempo?

GEDEÓN MORENO

Se estrenaron con buen éxito *Los chicos* en la Zarzuela; la música, según dicen, es de Brull; cuanto á la letra la han compuesto *entre Mecachis* y el amigo *Larrubiera*, *Larrubiera* y *rubiese* y es casi... *piuscuamperfecta*. ¡Mecachis con el Mecachis! ¡miren que hacer una pieza! ¡miren que hacer esos chicos en unión de Larrubiera!... Dios bendiga vuestra unión: GEDEÓN es lo desea y haced, si queréis, más chicos, pero hacedlos... *sin orquesta*.

Hay en Madrid más de un pigre, que quisiera ver en Lhardy las chuletas de Spessardy recordadas por su tigre. *Decadentismo* reputo tan sanguinaria afición: para buscar la emoción esa hace falta ser brutal! Porque tú vas ¡oh lector! (mis palabras no te ofendan) para ver si se meriendan los tigres al domador. Hartos esos animales no muerden y hacen el maula. ¿A qué no hace juegos tales Spessardy en una jaula con dos ó tres concejales?

En no sé qué circo se ha presentado la *troupe Monición*.

La cual ya había obtenido gran éxito en el circo de Zaragoza y no en el teatro de Pignatelli, como asegura el indiscreto corresponsal de *La Corres*.

La *troupe* hace ejercicios de dislocación muy notables.

Y su jefe entona el ¡*Ay, ay, ay!* en la cuerda floja; es un trabajo verdaderamente expuesto.

Pero el ejercicio más notable lo realizará pronto en un circo de las provincias del Norte.

Consistirá en arrojarse él del trapecio y que caiga en la red una señora.

¡EL PAPEL VALE MAS!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

D. Juan Valera ha publicado un nuevo libro, con el título de *A vuela pluma*.

La *pluma* de que se trata no es de las que se escapan en los *Cuentos* y *chascarrillos andaluces*, tan mal olientes para el bachiller Francisco de Estepa.

Es la pluma clásica de D. Juan el pulquérrimo, el atildado, sin mezcla de Campillo alguno.

GEDEÓN se congratula de poder aplaudir á un *novísimo*, como D. Juan, en quien ya ha notado la crítica *visibles adelantos*.

El Sr. Huertas Hervás dice que á propósito de su *novela corta* intitulada *Agridulce* se puede hacer un chiste.

Bueno, Sr. Huertas; pero ¿por qué no lo ha hecho usted y lo ha puesto en la novela?

Siquiera, de ese modo, algo de dulce ó de agrio hubiera tenido.

Tal como está ahora, en vez de *Agridulce* pudiera titularse *Ni chicha ni limoná*.

Un D. Ramón Blanco, que no es el despacificador de Filipinas, ha publicado un tomo rotulado *Ripios*.

El título es lo único en que estamos conformes con el autor.

.... y armas al hombro

Está probado que el maestro Ferreraa no renuncia á la inmortalidad, así le aspen.

No tiene bastante con la gloria que le ha proporcionado su ya legendaria frase:—*Digan lo que quieran los termómetros...* y quiere reverdecer sus laureles, inventando nuevos y caprichosos giros.

Veán ustedes el *dernier cri*:

«El día de hoy ha sido de aquellos en que los *reporters* vuelven á las redacciones más cansados de fatiga que provistos de noticias, porque no ha surgido ningún suceso nuevo.»

Ya sabemos para quién va á ser el primer sillón que vaque en la Academia Española: para el hombre de los Balances.

Pero será un sillón de rejilla.

Porque al maestro le sucede lo que á unos bichitos que es inútil nombrar.

Y que no dan muestras de lo picante de su ingenio mientras no aprieta de firme el calor.

Un recorte de *La Epoca*:

«Se anuncia para fines de mes una gran elevación de temperatura y días bochornosos, seguidos de tempestades.»

También *La Epoca* resulta *profetisa del pasado*, como un conocido tribuno... y *profetiso*.

Porque los días bochornosos vinieron ya hace bastantes meses.

Con los conservadores.

Dicen de Pontevedra que muchas señoritas «se han presentado en las butacas del teatro *sin nada en la cabeza*.»

Y eso ¿qué tiene de particular?

Más respeto que las butacas del teatro de Pontevedra debe inspirar el banco azul.

¡Y apenas si hemos conocido ministros *sin nada en la cabeza*!

O con algo... impropio de aquel sitio...

Las intoxicaciones se hallan á la orden del día.

De nada sirve filtrar el agua, ni *pasteurizar* la leche, ni purificar el ambiente con *meetings*.

Todos nos sentimos algo intoxicados.

Solo el Gobierno se conserva sano y bueno.

Pero es porque el Gobierno se abstiene de beber. Se contenta con chupar.

D. Atanasio Morlesín se marchó á Liérganes.

E inmediatamente salió para *aquel punto* (para Liérganes, no para D. Atanasio) el ministro de Marina.

Y dicen que va con Beránger el Sr. Lazaga.

Pero no lo crean ustedes.

El Sr. Lazaga es él.

La zaga de Morlesín.

Todos los días ocurren altercados y aun colisiones sangrientas en el barrio del Pacífico.

Esto antes podía ser un contrasentido.

Ahora no.

Ahora, todo el mundo sospecha que el barrio aquel lo ha pacificado el general Weyler.

En San Sebastián ha ocurrido una explosión de gas, en la calle de Loyola, esquina á la Avenida de la Libertad.

De esos encuentros de la Libertad con Loyola no puede resultar más que explosiones.

O *Portfolios en prosa*, del amigo Sepúlveda, que también *explota* á su manera.

Los Sres. Navarrorreverter y Linares Rivas se interesan mucho por realizar el proyecto de Exposición y Mercado permanente.

Sólo que no están conformes en cuanto al local.

El mercado permanente puede establecerse en el Ayuntamiento ó en cualquier ministerio.

En cuanto á la Exposición, hay quien opina por la Presidencia del Consejo y quien habla de otros sitios, recordando el ¡*Ay, ay, ay!* del Sr. Moret.

Y la verdad es que en cualquiera de esas partes puede haber exposición.

De la comisión nombrada *al efecto* van á formar parte el duque de Sexto y varias Ligas.

¿Cómo se ve en todo ello la mano de Linares!

No puede ocultar sus simpatías por Sexto, ni su afición á los cenogiles, que diría *el otro don Juan*.

Vamos, D. Juan Valera.

No ha sido solo el Sr. Moret quien ha lanzado los tres *ayes* de ordenanza.

También los han dirigido al mismo lugar que el Sr. Moret ciento cuatro individuos presos por sospechas en Monjuich.

Los cuales piden medios de probar su inocencia.

¿Piden justicia al gobierno?

Pues, entonces... inocencia probada.

¿Son *yankees* acaso los peticionarios? ¿Proceden de la manigua? ¿Son siquiera dentistas?

Si no son nada de eso ¿cómo quieren verse en libertad?

Imprenta de EL ENANO: Arco de Santa María, 8



Serais (cantando.)—A la jota jota, como es hoy tu santo,
pa felicitarte vengo de Aragón;
ya traigo el guitarra, y este, que tíe puños,
carga con los yerros de nuestra fusión.

En uno de nuestros números anteriores anticipábamos el resultado del *meeting* silvelista de Burgos, el cual resultado no ha sido otro sino el formal ingreso del Papamoscas en el tercer partido.

Animada por este lisonjero resultado, la plana mayor del silvelismo se propone confeccionar el mes que viene, es decir «hacer su agosto» en diversas poblaciones españolas, que recorrerá el Sr. Silvela y tres más (Villaverde, Dato y Rancés.)

Es seguro que la presencia de los jefes silvelistas constituirá uno de los números más interesantes del programa de fiestas de Valencia.

Ya está acordado que el Sr. Silvela pronuncie un discurso político a la luz de la luna.

También se ha convenido que D. Francisco y sus amigos ingresen en la cofradía de la Virgen de los Desamparados.

Desde Valencia, como ya han anunciado los diarios, el Sr. Silvela irá a Málaga.

Desean los silvelistas que del discurso pronunciado por D. Paço, en la patria chica de D. Antonio, quede memoria eterna.

Y a este efecto, en vez de apelar al gastadísimo recurso de hacer una copiosa tirada del discurso del jefe, los silvelistas malagueños se proponen recojer grandes cantidades de rabos de pasas.

No sabemos cuanto tiempo permanecerá en Málaga el Sr. Silvela.

Lo indudable es que saldrá de Málaga para ir a Malagón.

Después irá a Córdoba y allí pronunciará el discurso en el Potro.

En Jaén se hospedará en casa de D. Lope de Sosa, cuyo nombre figura todavía en el censo electoral. Tanto el conocido D. Lope, como su criado portugués han prometido ingresar en el silvelismo con permiso del Alcázar (no el regío, sino D. Baltasar.)

El viaje del Sr. Silvela a Palencia aguardase con notoria ansiedad.

Créese que allí será donde tire de la manta.

Lo mismo en Alcázar que en Venta de Baños, en Alsasua como en Miranda y en general en todas las estaciones donde hay muchos cruces y traorbidos, los silvelistas se proponen hacer propaganda a beneficio de los viajeros conservadores, fusionistas, carlistas y republicanos que gustan de equivocarse de tren.

Esto es cuanto sabemos de los viajes del Sr. Silvela.

¡Ah! y que no llevará alforjas.

EL CRIMEN DE MODA



22 DE JULIO FOLLETON DE GEDEON NÚM. 21

EL ÚLTIMO INFUNDIO DE ROCAMBOLE

LA DAGA PUTREFACTA

Novela traducida indirectamente del francés

(CONTINUACIÓN)

Sea de esto lo que quiera, lo cierto y verdadero es que el personaje fantástico de quien venimos hablando, se sentó. Apoyó la cabeza en el puño, que, por cierto se le arrugó bastante.

El hombre fantástico, aunque hermoso, como ya hemos dicho, era todo él una pura arruga.

¡Oh, las arrugas!

¡Quién es capaz de señalar las causas de tan luctuosas precursoras de la senectud?

Nadie: ni siquiera D. Juan de la Concha Castañeda.

Pues ¿y de las arrugas prematuras, qué diremos?

Nada que ignore Linares Rivas, que ya sabe lo que es arrugarse a destiempo.

Ya hemos soltado, sin querer, una frase castiza.

¡Influencia del hombre fantástico!

Rocamble había inventado *El Tiempo*.

Nuestro personaje extraordinario y fuera de Ayuntamiento, inventó *el destiempo* ó lo desenterró para comérselo vivo.

Para hacer *pedant*, como quiso decir Fabié y no supo.

Por lo que respecta á nuestro fantástico hombre, ya hemos dicho que penetró en una especie de *pagoda*.

La acción del *Tiempo*, la del *destiempo* y la de Navarro-reverter habían carcomido el *pago*.

Solo quedaba la última sílaba, escrita sobre el frontispicio gótico-chino del monumento.

Era una sílaba siniestra.

DA.

¡Cuántas veces, vuelto de espaldas al peristilo aquel, había pronunciado truculentas oraciones el amigo entrañable y comensal asiduo de nuestro hombre misterioso, perorando ¡ah! sobre los misterios eleusinos y sobre los hipogeos de flametracial ¡oh!

¡Qué de interpretaciones á aquella sílaba senera y sigal-ficativa!

¡DA!

—Satisfíceme esa sílaba—solía decir el hombre de los misterios eleusinos—porque en ella se encierra todo un programa de gobierno: *Da, da y da, Antón*.

Ya se nos escapó parte del nombre de nuestro personaje fantástico.

Se llamaba *D. Antón* y por *sincope*, como solía decir su comensal en las expansiones del estómago obligado, llamábanle *Dantón*.

Era, pues, un hombre de todo en todo *convencional*, aunque misterioso.

Su lema no era precisamente *Audacia, audacia y audacia*.

Su verdadero lema era *marqués*, con mejillas sonrosadas y algo director de Comunicaciones.

Además era hombre á *buenas fortunas*, según las voces públicas... femeninas.

El hombre de los misterios eleusinos solía llamarle á la clásica, *Hermes*.

¡Delicada alusión á las Comunicaciones!

Por lo demás, la sabiduría proverbial de Dantón era también completamente *hermética*.

Para cerrarla, disponía de numerosos cerrojos, á los cuales solía llamar con suave aticismo, *la mayoría*.

Entre tantos cerrojos, la omnisciencia de Dantón debía resaltar cuando se expandiese.

Mas ¡ay! no se había expandido todavía.

En el interior, Dantón meditaba.

Tenía la cabeza apoyada en el puño.

El codo en las rodillas seculares, por mitad.

Vamos, que entre las dos reunían siglo y medio.

El labio pandía, vagaroso ó vaboroso, como tú prefieras ¡oh lector apreciable!

La mirada vagaba también, como el labio.

Las cejas, al pelo.

De repente vino á sacarle de aquel sopor ó soporcio ¡sopónganse ustedes quién!

Un mensajero alado.

Viniendo al-lado, Dantón pudo atisbarle muy bien, á causa del extravismo de sus ojos profundos.

El mensajero aquel no era precisamente un *coloradito*.

Reservemos á Blasco el usufructo de los *coloraditos* en las obras de imaginación.

La nuestra se ajusta á la más rigurosa verdad.

Y lo cierto es que el mensajero alado traía un mensaje.

Al verle, un rayo de luz cruzó por la mente de Dantón.

Todo lo tenía cruzado aquel hombre prodigioso: los ojos, los rayos de luz y en aquel momento, las piernas.

—Es de Rocamble el mensaje—pensó, alargando la mano febril.

Después recorrió el sobrescrito y una nube de tristeza empuñó su mente olímpica.

El sobre estaba concebido en estos términos:

«Al hombre de los tristes destinos.»

(A seguir.)

JENVENENADA?